



PALADARES DE CORDELIA



Factoría de carbón
en el río, de
Joseph Pennell.



*The Sporting Life Building,
del 148 de Fleet Street,
por Joseph Pennell.*

*A la derecha:
Escena de una calle de
Londres (1905),
de Joseph Pennell.*

El Pueblo de las Cinco Comidas



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2023

Título original: *Il popolo dai cinque pasti. (Brindisi a Mr. Asquit)*

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaOI>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta, 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción y prólogo © Paloma Alonso Alberti, 2023

Imagen de cubierta: Detalle de *Coldstream Fifers, St James's Park, London*, de James Tissot

Ilustraciones interiores de Joseph Pennell (1857-1926)

IBIC: HBJD | Thema: NHD

ISBN: 978-84-19124-48-7

Depósito legal: M-17959-2023

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Impresión: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El Pueblo de las Cinco Comidas

Edoardo Scarfoglio

Traducción y prólogo de Paloma
Alonso Alberti





Índice

Prólogo: Edoardo Scarfoglio (1860-1917): entre literatura y periodismo	II
EL PUEBLO DE LAS CINCO COMIDAS	37
I	39
II	47
III	59
IV	67
V	85
VI	95
VII	III
VIII	II7
IX	141
Nota del Editor	157

*Dos curiosos aspectos
de una calle de Londres,*
de Joseph Pennell.

*New Oxford Street,
por Joseph Pennell.*





Edoardo Scarfoglio (1860-1917): entre literatura y periodismo

EL PERIODISMO y la literatura han vivido siempre una relación compleja, pues, a pesar de tener funciones distintas, trabajan con el mismo material, usan la lengua para expresarse y comparten el territorio de la Retórica. La literatura contempla e imagina y el periodismo informa, es actualidad. Estas dos formas de expresión están en estrecha convivencia; puede afirmarse que el acercamiento del periodismo a la literatura es instintivo, desde el punto de vista de la escritura y los contenidos.

El periodismo literario tiene orígenes lejanos y se desarrolla a lo largo de

aproximadamente tres siglos, manteniendo una relación dinámica que, condicionada por las distintas situaciones históricas, ha ido cambiando y adaptándose a las necesidades del periodismo por una parte y a las tendencias literarias por la otra. Es inútil establecer líneas fronterizas: periodismo y literatura se mezclan en un vínculo casi indisoluble que ha sido muy valioso para ambos, aportando creatividad y estilo al periodismo y difusión a la literatura, que en su día encontró en la prensa un instrumento de divulgación que el mundo editorial no le ofrecía.

El entramado de estos dos mundos de la palabra llevó a la creación de formas híbridas como, por ejemplo, «la tercera página» en 1901, a la que el *Giornale d'Italia*, dirigido por Alberto Bergamini, dio vida. Fue un espacio privilegiado que recogía críticas culturales y ofrecía la actualidad artística. El artículo cultural, de lenguaje formal y ambicioso, que cabalga por todos los ámbitos de la cultura —desde la historia, el arte y la filosofía hasta la crónica de viaje— triunfa entre el público, consiguiendo fundir dos almas, la del pe-

riodista y la del literato, en la aparición de las figuras del escritor-periodista y el periodista-escriptor.

Aunque a simple vista parecería tratarse de la misma persona, hay que precisar que mientras el primero se podría definir como un escritor prestado al periodismo, que escribe sin traicionar su estilo, el segundo es aquel periodista capaz de transformar la actualidad en páginas de antología. Cabría preguntarse en cuál de estas dos figuras se podría enmarcar a Edoardo Scarfoglio, pero, si es que cabe una respuesta, hay que buscarla en su recorrido vital y los ideales que abrazó.

Si algo caracterizó a Scarfoglio fueron sus artículos de fondo polémicos y mordaces, de refinado gusto y exquisitez formal. Su estilo de escritura, que cautivó al público y llegó a merecer la definición de «scarfoglismo», se distinguió por el dominio de las formas de expresión clásicas y la retórica y le valió el título de «gran prosador». Su pasión por la escritura se inicia en el campo de la literatura, apenas finalizados los estudios de Filología cuando tenía dieciocho años, al entrar a formar parte de la re-

dacción de la revista satírica *Capitan Fracassa*, que hizo el papel de taller de la literatura italiana moderna, donde conoció a Gabriele D'Annunzio y Matilde Serao, escritora de renombre, periodista y pionera de la denuncia social, que más tarde se convertiría en su mujer. Colaborará también con artículos de crítica en la revista *Cronaca bizantina*, que hizo las veces de cenáculo de cultura, reuniendo a personajes prometedores de la crítica y la poesía del momento —como Gabriele D'Annunzio, Luigi Capuana, Matilde Serao, Giovanni Verga y Edmondo De Amicis entre otros— y tuvo una importancia indiscutible en la interpretación del espíritu refinado y sensible de la estética decadentista y la defensa del clasicismo carducciano en contra del sentimentalismo romántico. Fue, sin duda, uno de los grandes protagonistas del movimiento literario romano que, remitiéndose al título de la revista, se llamó «bizantino». Su interés por el periodismo nace en él muy pronto, concretamente cuando conoce a Matilde Serao. De este connubio espiritual y humano nacerán cuatro hijos y tres periódicos: *Il Corriere di Roma*,



Edoardo Scarfoglio y Matilde Serao.

Il Corriere di Napoli e Il Mattino, que todavía hoy se publica.

Pero antes de adentrarnos en el apasionante recorrido vital de Scarfoglio, cuya existencia, de manera acorde con la estética de entonces, parece una vida de folletín, es inevitable hacer referencia al momento histórico, pues nació con la Nueva Italia —o la vieja recién unificada bajo el reinado de los Saboya—, vivió los inicios del fascismo y asistió al terrible episodio de la Gran Guerra. La utopía de una Italia unida, heredera de viejas glorias, ya pregonada por Dante y Petrarca, alimentada por el movimiento romántico y el sueño lejano del Imperio romano, había dado impulso al llamado

Risorgimento. Tras numerosas guerras y complejas tramas políticas, la Unificación se hace realidad en 1861, cuando Scarfoglio apenas tenía un año. Con la adolescencia llegaron los años locos de la *Belle Époque*, de marcados contrastes sociopolíticos y culturales. El Hombre desafía a la Naturaleza poblando la Tierra de edificios de hierro y cristal, iluminados prodigiosamente gracias al milagro de la electricidad; surca los mares con naves de vapor y los cielos con aerostatos; coloniza todos los continentes y derrota enfermedades milenarias con la magia de la química farmacéutica. Pero al mismo tiempo, el empirismo de Darwin, que ve al Hombre capaz de someter a la Naturaleza a través de la tecnología haciendo del Progreso un dogma, se enfrentará al recién nacido Decadentismo, más proclive al espíritu y la celebración del Sentimiento, el Arte y la Belleza, tras la crisis del positivismo en Francia y el abandono de las costumbres tradicionales.

Es precisamente en este momento de contrastes, cuando se produce el auge del periodismo italiano, su edad de oro y madurez, que más que nunca fue

la expresión de una cultura nacional y europea y del que Scarfoglio será un gran protagonista. La Nueva Italia se ve invadida de publicaciones periódicas que hicieron las veces de vehículos de información, aculturación y diálogo, siendo un punto de referencia en la formación de lectores y contribuyendo a modificar los métodos de acercamiento a la obra literaria. Es el momento de las novelas por entregas inglesas, que al principio se publicaban en fascículos, y de los *feuilletons* franceses, a menudo escritos por plumas de poca monta, entre cuyas columnas verán mezclados sus nombres muchos escritores ilustres, no sin elevar algunos sus quejas. El abanico de temas se enriquece, colocando en el punto de mira el compromiso sociocultural, el estudio antropológico, el desarrollo económico y la política, pero, como hemos comentado, la literatura, la caricatura, el humor y la sátira ocuparán también un lugar importante.

Scarfoglio inició su aventura editorial con *Il Corriere di Roma*, que representó el primer intento italiano de modelar un periódico al estilo francés; proyecto en el que puso todo su empeño

y que le obligó a buscar apoyo financiero para hacerlo realidad. Bajo el pseudónimo Tartarin, se inicia en la redacción de artículos de marcado carácter político, siguiendo la línea editorial exigida por sus financiadores. Pero a pesar de los esfuerzos del matrimonio por estar a la altura de la competencia, *Il Corriere di Roma* corría serios riesgos de bancarrota. Entre las ocurrencias innovadoras de Scarfoglio para hacer frente a la competencia, está la publicación del poema satírico, *Risotta al pomidauero*, firmado por Raphaele Panunzio (pseudónimo de Giovanni Alfredo Cesareo); una parodia de la novela de D'Annunzio *Isaotta Guttadauro*, publicada en *La Tribuna*, que desencadenó la respuesta del vate en una carta abierta en la que criticaba duramente al periodista. Scarfoglio, de carácter vehemente y atrevido, seriamente ofendido lo retó a duelo. El desafío fue aceptado, concluyendo con la victoria de Scarfoglio, que hirió al poeta en el tercer asalto. A pesar del episodio, D'Annunzio continuó manteniendo una gran amistad con Matilde Serao y el tiempo fue cerrando la herida y permi-

tiendo que entre ellos se fraguara una gran amistad. La actividad de Scarfoglio se había ido centrando cada vez más en el periodismo en detrimento de la literatura, empujado por la denuncia social, la defensa de la «cuestión meridional» y su apoyo abierto al



Scarfoglio y su mujer.

colonialismo. El propio autor declara así esta transición en una carta publicada por el *Corriere di Napoli* en 1891 a propósito de sus viajes a África, en la que parece colocarse más bien en la figura del periodista-literato:

«Pero ¿qué queréis? En esta ciudad etiopizada, convertida sin remedio en una pocilga con el método más rápido e infalible, en la que me encuentro inmerso entre hedores que por todas partes emanan de las cosas y los hombres y rodeado de gente que solo se lava las manos en la sopa, la sola

idea de que exista la estética, de que haya en el mundo una tendencia a la gracia, la belleza y el refinamiento, me hace reír. Me guardaré bien de hacer literatura y me limitaré a escribir una crónica: la crónica minuciosa y detallada de mi viaje desde la costa y de todo lo que he visto y voy a ver a continuación. [...] Es muy cierto, pero también es cierto que el público italiano no lee libros en general y menos aún los de viaje. Dado el estado en el que se encuentra la cultura, que afecta también a las clases más altas y a los hombres más eminentes de la política, no es pueril ni ocioso que un periodista ponga sus conocimientos, aderezados con su experiencia personal, a disposición del gran público. El periódico es la única literatura universal que existe en Italia, así que estoy seguro de que habrá muchos seres privilegiados que, aunque no abandonen del todo la lectura de la bibliografía sobre Etiopía, sonreirán con mis descripciones y narraciones, y que al resto de mis lectores el itinerario de Zeila a Harar les parecerá nuevo, como las

peregrinaciones de Stanley en la selva del Congo».¹

Tras la aventura del *Corriere di Roma*, nace *Il Corriere di Napoli* a propuesta del banquero napolitano Matteo Schilizzi, que ofrece a la pareja la posibilidad de saldar las deudas del *Corriere di Roma* y fundar en Nápoles un nuevo periódico financiado por él. *Il Corriere di Napoli* introdujo nuevas temáticas y adoptó una apariencia tipográfica distinta. Disminuyó el peso de la literatura y aumentaron las noticias, incluso internacionales. Contó con colaboradores de altura, como Carducci y D'Annunzio, que contribuyeron a su gran éxito entre el público. Scarfoglio fue el primer director y desde la posición de seguridad que le daba el gran éxito de ventas, criticaba con valentía a políticos y poderosos, daba la batalla por el Meridione y no escatimaba sablazos a la dinastía de los Saboya y a los intereses de los grupos industriales del

¹ Párrafos traducidos por la traductora de este libro de la correspondencia escrita por E. S. en su viaje de Zeila a Harar publicada por *Il Corriere di Napoli*, el 2 de junio de 1891, actualmente publicada en Scarfoglio E., *Viaggio in Abissinia*, cit. pp. 87-88.

norte, acusados de dismantelar las fábricas meridionales para enriquecer las de su tierra. Había provocación en todos sus escritos y el periódico fue secuestrado numerosas veces por el Gobierno. Pero al mismo tiempo, obedeciendo a los cánones del decadentismo, sus páginas, cargadas de tensión sensual, hipnotizaban al lector y pronto hicieron de Scarfoglio un icono muy popular y querido por el pueblo napolitano.

Desde el periódico, apoyó con vehemencia la presencia italiana en África, que concebía como un complemento imprescindible de los esfuerzos de afirmación europea de la joven nación y «necesaria para Italia y su misión humanitaria, e ineluctable en la historia»² que, por otra parte, se debía impulsar con políticas activas. El interés periodístico por la expansión colonial ya estaba muy presente en el período romano, pero se convirtió en el objetivo prioritario de las columnas del *Corriere di Napoli* y más tarde de *Il*

² Scarfoglio E., *Viaggio in Abissinia. Nascita del colonialismo italiano*. Introduzione e cronologia di G. E. Viola, Palermo, L'Epos, 2003 («Alia. Viaggi Avventure Idee»).

Mattino. Pronto surgieron diferencias con Schilizzi, que no compartía la misma visión sobre la política colonial africana, ni estaba de acuerdo con la encendida polémica que Scarfoglio alimentaba contra las ideas de los progresistas y sus reticencias sobre la praxis colonial. Así expresaba su postura en un artículo que publicó en 1888:

«Si hubiera que hacer caso a los progresistas de toda Europa, en esta desgracia habría que reconocer la mano de Dios, porque, dicen ellos, no es lícito imponer la civilización con la fuerza. Sí, en toda Europa los progresistas están en contra de la conquista de África, en nombre de la libertad, la humanidad y el progreso, basándose en el mismo criterio que les ha empujado a rechazar casi todos los postulados de la ciencia y la filosofía modernas. [...] Es casi imposible encontrar un demócrata resignado a la política colonial [...]. Están decididos a esperar tranquilamente a que el pueblo africano, que en este momento apenas está en su edad de hierro, se desa-

rolle por sus propios medios y que, por sí mismo, una vez eliminado el yugo de la esclavitud y lograda su transformación en perfecto hombre cívico, alcance la costa con las manos llenas de productos elaborados en el interior, para comercializarlos en el mercado del resto del mundo. Así piensan los progresistas, y esta idea política, defendida en todos los países por una parte de los hombres blancos en contra de la otra, es el mayor obstáculo para una solución radical del problema africano».³

Las tensiones con el financiador del periódico finalmente estallaron a raíz de la crítica que Scarfoglio dirigió al ministro del Interior, Giovanni Nicotera. Para zanjar la polémica, fue enviado seis meses como corresponsal a África en 1891, concretamente a la provincia de Harar, en Etiopía. Su misión era indagar, en medio de la crisis entre el Estado ita-

³ Scarfoglio, E., «*La guerra nera*», *Corriere di Napoli*, 30 de septiembre de 1888; *Viaggio in Abissinia*, cit. p. 37-38. La traducción también es de la traductora de este libro.

liano y Menelik⁴, la posibilidad de una expansión colonial italiana en Abisinia que permitiera conectar por tierra Eritrea y Somalia. El destino le ofrecía la oportunidad de satisfacer sus dos grandes pasiones: el viaje a lo desconocido, explorando el terreno a colonizar, y la política, indagando los acontecimientos e inquietudes de sus pobladores. Sobre este viaje, dejó numerosos escritos, que fueron recogidos en una publicación póstuma por su hijo Carlo, entre los que narra su encuentro con Arthur Rimbaud, que por aquel entonces había abandonado la poesía y se dedicaba al tráfico de armas, con el que entablaría una gran amistad. Rimbaud, desde la sabana africana, escribía artículos para la revista francesa *Depêche Tunisienne*, similares a los que Scarfoglio enviaba a Nápoles.

La estancia en África le ofrecerá materia prima para escribir dos libros de viaje: *Le nostre cose in Africa* (1895) e *Il Cristiano errante* (1897). Ya se había estrenado en este género tras su viaje a los Balcanes en 1889, experiencia que na-

⁴ Menelik: emperador de Etiopía, llamada por aquel entonces Abisinia, entre 1889 y 1909.

rrará en *In Levante a Traverso i Balkani. Note di viaggio*. En 1895 hará otro viaje a Grecia con D'Annunzio a bordo de su yate *Fantasía* y este lo recordará en el poema *Laus vitae*, con el que inmortalizó la travesía utilizando al periodista para dibujar la figura del Ulises moderno. Fue un innovador en la literatura viajera al utilizar como telón de fondo los lugares realmente visitados, cuando por aquel entonces, en Italia, se narraban solo escenarios imaginados.

Viajero empedernido, por trabajo y por pasión, persigue el sueño exuberante de la naturaleza y la vida salvaje en libertad, del amor por lo primitivo y el ejercicio físico entendido como regenerador de la voluntad. El ideal del *superhombre* de Nietzsche, capaz de superarse a sí mismo y a la naturaleza, al igual que en D'Annunzio, había influido profundamente en Scarfoglio. Un sueño utópico que llevará a nuestro autor a imaginarse explorador en las tierras ardientes de África y las explanadas de hielo polar. Así se autodescribe y confiesa su falta de pasión literaria en *Il libro di Don Chisciotte* (1885):

«Yo había nacido para cazar al elefante a orillas del Omo o gobernar una nave entre las grietas de la banquisa polar, pero este país idiota que se llama Italia me cerró inexorablemente el camino hacia el que me empujaban los impulsos de mi mente y me sometió al trabajo forzoso e ingrato de juntalettras, que ha sido el tormento de mi vida y el suplicio de tanta gente»⁵.

Pero el superhombre de D'Annunzio y Scarfoglio, mito de la estirpe latina, cultiva al mismo tiempo la pasión por la estética, como forma de dominar la realidad degradada. El culto a la Belleza, considerada la más alta aspiración humana, y el gusto por la excepcionalidad suscitan el rechazo de lo vulgar y la búsqueda de un estilo de vida refinado y de un «arte aristocrático» y minoritario. Esta búsqueda del refinamiento en el plano literario produjo una contaminación de la literatura con la música y la pintura, recurriendo a instrumentos como la retórica, el preciosismo del lé-

⁵ La traducción de la cita es de la traductora de este libro.

xico, el exotismo y las alusiones a mundos pasados, rasgos todos ellos muy presentes en la obra de Scarfoglio.

A su regreso de África, Scarfoglio y Matilde Serao abandonan el *Corriere di Napoli* y, con los ingresos que obtuvieron de la venta de su participación, fundaron *Il Mattino*, periódico de corte liberal-nacionalista. Fue el primero en el mundo que propuso la publicación contemporánea de dos o más novelas por entregas, algunas de las cuales firmadas por autores ilustres como: *Bel ami* de Maupassant y *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski.

El primer número salió el 16 de marzo de 1892 con un editorial que prometía dar voz a las protestas del Meridione. El periódico defendió a los trabajadores y al pueblo napolitano, habitantes de una ciudad de seres famélicos donde reinaba la miseria, y apoyó a los gobiernos que daban importancia a la cuestión meridional. Propugnó el progreso que, en su opinión, requería de una guía, dada la carencia de cultura del pueblo italiano. Apoyó con firmeza la conquista de Libia en 1911, pero se manifestó, sin embargo, en contra de la in-

tervención de Italia en la Primera Guerra Mundial. Las represalias políticas fueron duras y le impidieron por decreto firmar en su periódico. Sin embargo, una vez que Italia entró en guerra, permaneció fiel al lado del nacionalismo, apoyando a la Triple Alianza en su obsesión por evitar la consolidación de la hegemonía anglo-francesa en el Mediterráneo. Tenía depositadas sus esperanzas en la invención del submarino, arma de los audaces, que podría sustituir la tala-socracia de las grandes naves de guerra y acometer por fin la venganza del Católico, liberando los trayectos marítimos del peaje de los ingleses que, apostados en Malta por aquel entonces, cobraban a toda nave que pasaba por allí, con el objetivo de distribuir equitativamente los campos de trabajo y las fuentes de materias primas entre las grandes potencias de Europa. Confiaba en la victoria, pero no llegó a ver la derrota del ejército italiano en Caporetto, pues pocos días antes un infarto masivo le partió el corazón.

Vivió esta última época de su vida en soledad, abandonado por su mujer, cansada ya de sus constantes escarceos amorosos, entre los cuales, fue espe-



Combatientes de la Primera Guerra Mundial, subidos a un tanque. Scarfoglio estuvo en contra de que Italia se sumara al conflicto bélico.



cialmente doloroso para ella el idilio del periodista con Gabrielle Bessard, una cantante francesa que, cuando él decidió romper con ella en 1894, se suicidó ante la puerta de la casa de su amante, dejando allí a Paolina, la niña nacida de su relación. A pesar del profundo dolor que le causó, Matilde Serao, mujer que abogaba por el bien universal, acogió a Paolina, que fue criada en la familia. El matrimonio y la colaboración con Matilde Serao se interrumpieron en 1904.

Su soledad se vio acentuada también por su apoyo a la Triple Alianza y, poco a poco, se fue distanciando del periódico. El joven entusiasta y brillante de sus primeros años era casi irreconocible, invadido por el tedio y la somnolencia. Según el testimonio del periodista Renato Simoni, «parecía solo incluso cuando estaba en compañía». En su imagen se podía adivinar la decadencia de una edad a caballo de dos siglos, dividida entre el *Liberty* y el activismo decadente, y marcada de contradicciones, batallas políticas y ebullición literaria, que había contado con Scarfoglio entre sus grandes protagonistas, entre aquellos que crearon y

difundieron un gusto y adoptaron una postura moral y un ideal de vida. Dedicó sus últimos esfuerzos a escribir *El pueblo de las cinco comidas*, pero, mientras cobraba vida entre sus manos como un cuadro viviente, a punto de acabarlo, le sorprendía la muerte.

La elección del título, que reproduce la forma con la que los ingleses, «glotones inferiores al pueblo italiano, parco y espartano⁶», fueron despreciativamente etiquetados por los italianos en la etapa de Mussolini, deja traslucir desde el inicio el sentimiento antibritánico del autor y de los partidarios del Risorgimento. Con una sutil, ingeniosa e inteligente sátira con tintes de elegía, sobre la historia de la potencia británica, articula una crítica despiadada del colonialismo inglés, construido sobre la acción de los corsarios, con patente de corso de su majestad, y los métodos a los que recurrieron para amasar su fortuna, basados, en opinión del autor, en la crueldad, el saqueo y la traición. Acusa gravemente a la pérfida Albión de explotar las rivalidades ajenas, para impe-

⁶ Eco, Umberto, «Las guerras santas: pasión y razón», *El País*, 15 de octubre de 2001.

dir el nacimiento de una gran potencia en Europa, que pudiera amenazarla desde las costas atlánticas del continente.

Entre los episodios narrados, recrea el abordaje y saqueo protagonizado por Francis Drake del Galeón de Manila, que hacía la travesía Filipinas-México cargado de valiosos productos orientales y plata; los viajes a vela alrededor del mundo de James Cook; la aniquilación de los pieles rojas en la guerra de Canadá; la pasividad de Luis el Bien Amado, rey de Francia, ante la invasión inglesa en la zona del río San Lorenzo y el Lago Ontario, mientras estaba muy entretenido en escarceos amorosos con la marquesa de Pompadour; la lucha de Lord Clive contra Dupleix, gobernador de la India francesa, para hacerse con el territorio; la muerte del general Gordon en las escaleras del Palacio del Gobernador en Jartum y las aventuras del explorador Livingston. Una serie de magníficos cuadros de los episodios que enriquecieron a Inglaterra entre los reinados de Isabel I y Victoria, que relatan los esfuerzos y peligros aderezados de impresiones sensitivas —visuales, audi-

tivas y olfativas— que confieren brío al texto.

La idea, que subyace en sus páginas, de que Inglaterra nunca llegó a sentirse parte de Europa, entre otras cosas porque la colonia romana de *Britannia* fue breve y efímera en comparación con otras provincias del Imperio romano, nos hace recordar la oposición contundente de Charles de Gaulle a la entrada de Inglaterra en la Unión Europea, cuyas razones, como una premonición, se han visto reforzadas al hacerse el Brexit realidad. La obra merece una lectura, no solo por su oportunidad en el contexto histórico actual, sino también porque la prosa icástica de su buena pluma, la inteligencia y la cultura del autor justifican este merecido rescate del olvido. No obstante, el lector de hoy deberá abordar el texto teniendo en cuenta sus coordenadas históricas y el estilo literario propio de la época, al que no hemos querido quitar su sabor.

PALOMA ALONSO ALBERTI

El Pueblo de las Cinco Comidas



Atardecer púrpura en Londres, de Joseph Pennell.

La catedral londinense
de Saint Paul, por
Joseph Pennell.





(Brindis por Mr. Asquith)

I

PERMITIDME A MÍ TAMBIÉN, *mister* Asquith¹, chocar mi copa con la vuestra. La misma con que brindaron antes otros hombres perversos y dementes que, intimidando al Parlamento con garrote de sicario y al pueblo con pistola policial, acapararon el poder del Estado y estrangularon la libertad de expresión; soltaron por las encrucijadas a Cleón y Tersites para morder las pan-torrillas de los reacios y encandilar a los indecisos con un discurso vehementemente y vano; vulneraron con manos

¹ Mr. Asquith fue primer ministro de Gran Bretaña por el Partido Liberal entre 1908 y 1916.

sacrílegas los pactos solemnes a los que se debía el honor de la patria y empujaron a las ovejas italiotas a una masacre inútil. Aquellos hombres de lenguaje ampuloso y carente de sentido os hablaron de una Italia que ya no existe e inclina su peluca académica ante una Britania² que nunca existió: un lenguaje de mendigos togados a la mesa de paladines exterminadores de monstruos.

Quiero dar voz a los supervivientes de nuestra vieja estirpe: al campesino que, con el lomo doblado sobre los surcos de la tierra, vio volar los siglos por encima de los montes; al pastor que, con ojos estáticos contemplando la hierba, sigue a la manada por el sendero sinuoso que conoció la era de Saturno; al marinero que, agarrado al mástil desde la cofa, analiza en la polvareda de estrellas el cálculo del rumbo. En nombre de estas humildes reliquias de nuestro noble pueblo, al

² Britania: Nombre con el que los romanos bautizaron la provincia que ocupaba el centro y el sur de la isla de Gran Bretaña. El autor con la expresión «*la Britannia che non fu mai*» da a entender que nunca llegaron a considerarse parte de Europa, que nunca fueron latinos, pues el dominio de Roma fue breve y efímero. A lo largo del texto, se referirá con frecuencia a los ingleses con el término «britanos».

que los afilados dientes del tiempo apenas pudieron dañar, yo os saludo, *mister* Asquith, como representante de la verdadera Inglaterra, de la Inglaterra brutal y voraz que cantaron vuestros poetas, convencida y orgullosa de sus cinco comidas, en medio de un mundo desesperado por la terrible angustia de lograr procurarse la única del día. A ellos les presto mi voz:

¿Por qué nosotros, míseras bestias humanas, tenemos que perecer por vosotros? Todas las bondades del mundo se amontonan en vuestra mesa: los corde-ros cebados que transformaron en grasa los prados succulentos, abonados con fosfatos y hierro, de los valles de Nueva Zelanda y las tortugas gigantes de las Islas Galápagos; los peces que el arponero noruego ensarta al borde de la banquisa polar y los huevos que la granjera danesa recoge al alba en el nido; los frutos del banano que despliega sus vastas hojas en los bosques del Congo y los cocos enormes, cuyos altos penachos oscilan con los alisios, envolviendo la belleza divina de la laguna polinesia. Todas las delicias y exquisiteces, que la matriz de la Tierra dona y sus innume-

rables ubres alimentan, desfilan bajo vuestros potentes molares, hombres de las cinco comidas, hinchando vuestro vientre y engrasándoos la piel.

¿Por qué nosotros, doblados y temblorosos por el zarpazo de la fiebre palustre, demacrados por la más absoluta indigencia, errantes por los océanos en busca de pan, tenemos que perecer por vosotros?

Posasteis vuestras rudas manos encima de toda la riqueza del mundo y os apropiasteis de ella. Para vosotros, el cafre destroza sus muñecas de atleta en la mina y el nadador hindú escupe sangre de sus pulmones jadeantes, para adornar el cuello armonioso de vuestras *ladies* blancas, erguido sobre sus hombros que parecen asas de un vaso de Egina, que esperan impacientes las perlas y diamantes. Para vosotros, el leñador malasio devasta sus bosques de leña de sándalo y tumba en la hierba los troncos de caoba y teca, con los que construís vuestros barcos de recreo, mariposas colosales, y vuestros cálidos vestíbulos que huelen a bodega de barco donde, escondidos tras el humo del tabaco, digerís recostados aguar-

diente, salchichas y grasa de cerdo y cordero en vuestras comidas gloriosas. Para vosotros, el cazador canadiense espera a la marta en el bosque nevado, la tejedora persa dobla el espinazo sobre el dibujo hereditario de las alfombras sagradas, el negrito³ de las islas Molucas, con el tiro de su cerbatana, perturba los amoríos imperiales de las aves del paraíso, hijas del Sol, y el árabe, por cuyas venas circulan glóbulos de la sangre ilustre del profeta, selecciona uno a uno los granos de café en los jardines de Saná.

¿Por qué nosotros, que nada tenemos, nosotros, esclavos de todos, nosotros que agotamos las últimas fuerzas en aras de la riqueza y felicidad ajenas, tenemos que perecer por vosotros, que todo poseéis y a todos domináis? ¿Por vosotros que, desde lo alto de Inglaterra y el prodigioso Canal, custodiáis las puertas de nuestro dulce Mediterráneo? ¿Por vosotros que, escondidos en la roca infernal de Adén, permitís o

³ Con el término «negritos» se indicaban originariamente algunas etnias de Filipinas. Con el tiempo, el significado del término se extendió abarcando a todos los grupos pigmeos de Asia meridional.

prohibís a vuestro antojo el paso hacia las Indias Orientales? ¿Por vosotros que, recostados plácidamente y abanicados por los *punkahs* entre macizos de rosa en Singapur, vigiláis la entrada del mar de China? ¿Por vosotros que, seguros de vuestro poderío en el cabo de las Tormentas, cobráis un peaje a toda chimenea o vela en ruta que aparezca entre los dos océanos?

¿No os basta amasar con vuestras manos el fruto del sudor de casi toda la especie humana? ¿No os basta que en el valle pestilente del Ganges, los grandes lagos donde nace el Nilo, la sabana de Australia y los archipiélagos edénicos del mar de Coral, cientos de hombres acaben extenuados y mueran por hacer más veloces sus piernas, más brillante el pelo de vuestros caballos de carreras, más espesa y venerable la hiedra en los campanarios de las viejas abadías y las torres de vuestros castillos de cuento que recuerdan a la reina Ana, más grandes vuestras pistas de tenis y más pobladas de urogallos vuestras cacerías feudales?

¿Nosotros, que con tanta dificultad luchamos contra la opresión de la anti-

güedad, tenemos que apretar grotescamente nuestros dientes desgastados de tanto morder en el pasado y perecer para que protegáis vuestros bienes de la codicia de los consanguíneos? ¿No deberíais acaso recurrir a vuestro poder para tratar de conservar lo que acumulasteis a lo largo de tres siglos?